EL PROBLEMA DE LAS CIUDADES HISTORICAS

Discurso leído por el Académico D. Fernando Chueca en la sesión extraordinaria celebrada con motivo del Día Mundial del Urbanismo 5 de noviembre de 1973

El problema es de una gravedad extraordinaria. Es acuciante para todo el viejo mundo y para parte del nuevo cuando éste recibió, como le sucedió a Hispanoamérica, un legado cultural que fue proyección de la civilización europea a través del filtro de la hispánica. Sin embargo, ¿qué queda de Méjico, de Lima, de Caracas, de Quito, de Salta, de tantas ciudades nobilísimas que honraban a todo un proceso civilizador? Casi nada. De sus expoliados conjuntos se eleva el lúgubre sonido de un Réquiem acongojante.

Nosotros podríamos dolernos de la ingratitud de nuestros hijos y tendríamos autoridad para hacerlo si por nuestra parte hubiéramos dado el ejemplo. Pero está ya sucediendo todo lo contrario. Somos nosotros los que nos estamos americanizando, en el peor sentido de la palabra, y dando con nuestro proceder razón a su insensatez.

La sociedad española de hoy por una parte regala sus oídos con *slogans* patrióticos del más caduco estilo y por otra niega lo que dice con sus obras vandálicas. Obras son amores y no buenas razones, y con nuestras obras estamos negando mucho de lo que decimos. Al final se cumplirá aquello de que por sus obras los conoceréis.

Lo hemos dicho en repetidas ocasiones en libros, en artículos, en conferencias, en conversaciones privadas e informes técnicos y académicos: nos acongoja el grado de indiferencia de la sociedad de hoy por todo lo

que supone valores del espíritu, de la cultura, del arte, de la tradición, de la esencia histórica y racial del mundo nuestro, humano, geográfico, paisajístico. Parece que sobre España ha caído una población desarraigada y nueva, indiferente a todo, sin conexiones ni línea de continuidad con el pasado. En suma: como una sociedad extranjera que ocupara una casa que no es la de sus antepasados y que hace almoneda de ella con la crueldad de un rapaz apetito económico. La sociedad española actual parece decir: "¡Qué se me da de todo esto que he heredado y con lo que no tengo nada que ver! ¿Vale acaso para venderlo? Pues a venderlo, y que los americanos, o quien sea, se lleven nuestros retablos, nuestros cuadros, nuestros enseres viejos y nos den dólares con que adquirir los *gadgets* excitantes de un mundo tecnológico ante el que nos postramos en adoración como nuevos salvajes." Al hombre que hoy prevalece cuantitativamente, el tran traído y llevado hombre-masa, a ese que corre desolado en automóvil lanzando miradas aviesas, cargadas de cómicas y desproporcionadas amenazas, le importa un bledo, entre otras cosas, la ciudad que ha heredado. Es más; comprende la ciudad como un obstáculo y ve con alegría que el obstáculo caiga y deje su vía expedita, una vía que ni él mismo sabe a donde conduce. Este plesbicito latente por el que la mayoría condena a la ciudad sin saber lo que es y lo que significa, es el que puede terminar con una de nuestras mayores riquezas espirituales y con uno de los más frágiles depósitos que una civilización multisecular e ininterrupida ha puesto en nuestras manos.

El sistema de neutralizar en lo posible a este hombre-masa, envenenado a conciencia por una serie de mitos que parpadean ante sus ojos como los espejuelos con que se compraba la voluntad y la riqueza de los salvajes, no es otro sino el de la educación. El sistema es lento, pero la Humanidad desde tiempo inmemorial no ha encontrado otro.

Pero a esto volveremos después. Ahora vamos a ver como actúa este hombre-masa. Lo primero que hay que decir es que este hombre-masa no se reduce a ciertos estamentos clasistas, a ciertas clasificaciones socioeconómicas que se habían concretado en la figura del proletario clásico.

Ahora toda la sociedad de arriba a abajo actúa con los apetitos del hombre-masa y desde luego con un primigenio y tosco sistema de valores.

Ortega describió con pincelada enérgica una sociedad de este tipo cuando se enfrentó hace ya muchos años con la de una de estas grandes metrópolis modernas: Buenos Aires. "En Corrientes y en las calles próximas, llenas de bancos y oficinas, es donde se pulsa esa fauna atroz de factoría. Son los hombres que han venido a lo suyo, de apetito urgente, que al pasar os desarticulan el hombro porque van disparados a ultimar sus negocios. De imaginación seca, su hambre es tanto más feroz porque no desean cosas que ellos hayan imaginado y tendrían que crear, sino lo que está ahí, en el escaparate. Necesitan comprar un automóvil, una vitrola, una radio y un frigorífico. Para tan concreto menester están espléndidamente dotados con las tres cualidades necesarias: audacia, grosería y prisa."

No nos engañemos, este tipo de sociedad es el que ha ascendido al primer plano de nuestro mundo de hoy; esta sociedad es la que tiene el papel de protagonista, la que tiñe todo, impone sus gustos y comportamientos, crea el clima actual y da la pauta de todo.

¿Quién se opone a la empresa bancaria que a su insolencia une su riqueza y su poder? ¿Quién se opone incluso al más modesto comerciante que mide sus apetencias por la longitud de sus escaparates y por el brillo opalino de sus tubos fluorescentes, uno de tantos espejuelos del progreso para los pueblos débiles que ya no creen en sí mismos?

Esta mentalidad de hombre-masa trasciende a todos los estamentos y clases, es la que tiene el aristócrata, que trata por todos los medios de enajenar en el mercado internacional el Greco o el Goya que tuvo la inmerecida fortuna de heredar; que derriba su palacio para transformarlo en solar, verdadera piedra filosofal de la alquimia moderna, que ha convertido en realidad un añejo sueño: transformar la piedra o la arcilla en oro.

Esta mentalidad es la que tiene el alto clero que aprovecha las disposiciones conciliares *pro domo sua* y que aunque parezca mentira es uno de los más típicos hombres-masa de nuestro tiempo. ¡Qué amarga expe-

riencia ha tenido uno discutiendo con prelados, canónicos, arciprestes, que se han escandalizado porque hemos defendido una iglesia barroca, un retablo o unos sólidos y nobles bancos de iglesia! Su argumento de siempre: "Pero ¿qué valor le da usted a esto si no es más que una antigüalla? A mí lo que me interesa es poner calefacción en la iglesia y abrir una cafetería en el centro parroquial." Y luego hemos visto esos retablos, esas imágenes y esos bancos en el anticuario más próximo. Porque en el fondo, aun engañándose a sí mismos, se dan cuenta que tienen un valor, pero, claro está, un valor traducible a dinero. Es que en ellos ha encarnado, como en los antiguos poderes maléficos, el hombre-masa.

Esta mentalidad es la que tiene el político ansioso de éxitos fáciles y populares, vasallo fiel de los grupos de presión que de manera pertinaz y constante mandan desde la sombra. El político complaciente que no quiere problemas, que no quiere enfrentamientos, que desea ver pasar sus días, cuantos más mejor, en la cómoda poltrona. El político muchas veces cargado de buenas intenciones, pero paralítico por una maraña de intereses que al final le entregan al *dolce far niente*. Y el dejar de hacer, en este caso, equivale a dejar que se haga lo que no se debe de hacer. ¡Ah!, pero es irremediable..., es el signo de los tiempos, no podemos oponernos al mundo que vivimos. Vivimos en el siglo xx. Con este cómodo ropaje de pretextos, al parecer tan plausibles, cuantos egoísmos se esconden.

La misma mentalidad de hombre-masa, de apetito urgente y perentorio, tiene el técnico de nuestros días. Pero además ese técnico tiene unas armas infalibles. Vivimos en plena tecnolatría; cuando nos encontramos sin recursos espirituales, sin una verdadera conciencia de ser, sin anhelos comunes, sin programas de acción colectiva, apelamos como mágico recurso a la técnica. Gobierno de tecnócratas son la panacea de los tiempos difíciles y, aunque el técnico nos lleve a la devaluación o a la crisis, el técnico jamás se ha equivocado. El técnico es un ungido y todo lo ha previsto bien y, ante la catástrofe, tiene siempre la respuesta altiva y estoica de un Felipe II en el naufragio de la Invencible: "Yo no envié la armada a luchar contra los elementos." Un técnico economista como va a

descender, por ejemplo, a consultar el buen sentido y la sana experiencia de un agricultor curtido en el contacto con la tierra, cuando tiene que crear sus esquemas planificadores, cargados de ciencia libresca.

En otro lugar dije que si a la condición de técnico se suma la de burócrata obtendremos un centauro en el que se unirán la autoestimación y la fuerza ejecutiva. Este híbrido no condescenderá fácilmente al diálogo ni dejará que nadie influya en sus determinaciones. Salvemos todas las honrosísimas excepciones que ustedes quieran, pero ese técnico egocéntrico cada día abunda más y cada día influye más en el comportamiento del conjunto.

Hoy en día se ha dado un caso muy curioso y que vale la pena analizar. En los países, sobre todo autoritarios, el técnico ha sustituido al intelectual. El intelectual es un ser peligroso por la sencilla razón de que el intelectual piensa y el intelectual se equivoca y es él mismo el que lo reconoce; he aquí su grandeza. El técnico no piensa, no es esa su misión; el técnico aplica fórmulas que no ha tenido la necesidad de pensar, que ha aceptado con una reverencia fanática basada en su sistema de mitos, axiomas y tabús.

El carácter axiomático del técnico no produce ninguna inquietud en el político, no le sumerge en un mundo fluido y variable como el del intelectual. El técnico le da las cosas hechas y le sirve de inapreciable escudo. Con él está tranquilo.

En materia de actuación municipal las autoridades tienen a su servicio unos técnicos impagables. Son los urbanistas. Si un alcalde tiene un urbanista o unos urbanistas a su lado tiene siempre la espalda cubierta. "Lo han dicho los técnicos, he seguido el informe de los técnicos, los técnicos no pueden equivocarse." Los técnicos no necesitan explicar lo que hacen, no pueden descender al diálogo con el común de los mortales, ellos están ahí, como el mago de la tribu, para inspirar la acción de los políticos y con este hábil binomio se elude todo problema de opinión pública.

Otro hombre-masa de nuestro tiempo es el periodista, el periodista simplón e ingenuo en el mejor de los casos que sigue con la mayor doci-

lidad los *slogans* imperantes. El que apostilla las providenciales medidas de los dirigentes, de los políticos y de los tecnócratas que van a construirnos un mundo feliz y progresivo. Se entusiasmarán y nos anunciarán la alegre nueva de ese viejo caserón que desaparece, de esa gran vía que se abre, de ese polígono que va a resolver el problema de la vivienda, aunque ese polígono esté planteado con los pies y carezca de todo sentido urbanístico, etc., etc.

He apuntado solamente algunos de esos tipos sociales de hombre-masa que constituyen la inmensa mayoría de nuestra sociedad. Podríamos añadir otros muchos, sobre todo en el vasto campo de los especuladores, de los promotores, de los agiotistas, etc., etc., pero esto basta para darnos cuenta de en qué manos está el porvenir de nuestras ciudades.

Lamento tener que presentar ante ustedes panorama tan desolador que nos llevaría a la postura fatalista de la total renuncia. ¡Si son tantos y tan poderosos los enemigos del depósito cultural de nuestras ciudades abandonemos con resignación la lucha! Sin embargo, yo no piensa así. Creo que hay que luchar hasta el último aliento y no escatimar nada de lo que podamos hacer, incluso los hombres que como yo estamos virtualmente en la calle.

* * *

Hasta aquí hemos visto al enemigo, al espantable enemigo, ahora vamos a pasar revista a las fuerzas defensivas. La primera impresión que tenemos también es descorazonadora. Frente a las divisiones blindadas, a las potentes formaciones, a los carros y armas modernas, ¿qué encontramos? Un ejército escaso, dividido, vacilante, sin moral y sin ánimos, casi sin armas, de soldados muchas veces viejos, decrépitos y siempre mal pagados.

El cuartel general de este ejército de defensores está en la Dirección General de Bellas Artes. ¿Qué es la Dirección General de Bellas Artes? Sencillamente un fenómeno residual, una especie de momia burocrática.

La Dirección General de Bellas Artes así constituida estaba bien para una España de 1920. Entonces nuestras grandes ciudades no pasaban de 700.000 habitantes. En nuestro país no se había producido la explosión demográfica, ni el éxodo del campo, ni la congestión de las grandes urbes. La Revolución Industrial era una cosa que se estudiaba en los libros, pero no había pasado nuestras fronteras. El Director General tenía a su cargo unos pocos museos, algunas escuelas de artes y oficios y la custodia de unos pocos monumentos de venerable antigüedad y prestigio arqueológico. Todo era fácil, sencillo, modesto. Pero de repente esta pequeña máquina administrativa tiene que enfrentarse con un alud: ciudades que crecen vertiginosamente, una historia que se desintegra y que naufraga, monumentos del pasado que se arrasan, invasiones turísticas que hay que canalizar y orientar, exigencias artísticas nuevas y que rebasan los viejos cuadros de los eruditos de antaño, masas de estudiantes descontentos que no encuentran una enseñanza dotada, ágil, viva y con prestigio.

La pobre Dirección General de Bellas Artes, como un residuo del pasado, es cada vez más impotente. El Director General queda sumergido por los nuevos cargos y jerarquías estatales que emergen por todos los lados. Necesita que su cabeza pueda asomarse en este tremendo oleaje y para eso necesitamos que su altura aumente. España ya no puede tener un Director General de Bellas Artes, necesita un Ministro de Cultura o un Ministro de Bellas Artes y Turismo o como quiera llamársele.

A la persona que detente este cargo lo menos que hay que ofrecerle es autoridad. En un país que pasa por una crisis cultural, cuya educación y gustos son tan deficientes, cuyas instituciones son tan precarias, al final llega un momento en el que el último argumento es la autoridad.

Hoy en día el Director General de Bellas Artes es jerárquicamente un igual de un Gobernador Civil, de un Alcalde importante, y no puede, las más de las veces, imponer su autoridad. Si hubiera un Ministro encargado de estas cosas ya sería distinto. Si un Ministro de la Cultura llega, por ejemplo, a Granada, reúne a las autoridades locales, les pregunta por qué se ha consentido hacer esto y aquello, por qué se ha derribado este

y otro palacio, estas autoridades reaccionarán de una manera muy diferente. Lo primero que pasa es que aquellos que defienden valores históricos, culturales y artísticos no tienen ninguna autoridad y bastante hacen con navegar cautelosamente para no provocar tempestades, para no levantar la caza y perderlo todo en una batalla en campo abierto.

Esta crisis de autoridad hace que los que defienden estos valores lo hagan siempre con timidez, con miedo, con subterfugios para no despertar las iras de los poderosos y no pasar por ingenuos y rezagados. Todo se pide por favor, como por lástima, poniendo por delante unas afirmaciones que no se sienten. "Sí, verás; estamos de acuerdo, lo importante es lo importante, pero si pudiéramos salvar esta portada al menos." Y se apunta el deseo casi con rubor. Este estado de cosas, francamente, no puede seguir así.

Tan cadudos y tan fósiles como el organismo central son los organismos dependientes: unas tristes Comisiones de Monumentos que casi sepultadas se intentan en parte resucitar. Pero los que las componen no participan del espíritu moderno que deben tener estas instituciones. Son historiadores, eruditos locales, arqueólogos, profesores que, sin visión de los problemas de nuestra época y sin fuerza para enfrentarse con ellos, se refugian en sus bibliotecas, en sus archivos, en sus museos y en mejor de los casos publican una revista erudita que sólo leen entre ellos. Yo tengo el máximo respeto para el erudito local entre otras cosas porque está desapareciendo y es una pieza fundamental de nuestra cultura, pero su misión es otra. Puestos a luchar yo recuerdo la insolencia de Don Juan Tenorio cuando, ante las amonestaciones de Don Diego y de Don Gonzalo, dijo soltando una carcajada: "Es venir a amenazar a un león con un mal palo."

Los arqueólogos especialmente me dan miedo. Suelen tener una deformación profesional que les lleva a conformarse con rescatar alguna piedra vieja, algún capitel que llevar a su museo, cuando no a derribar un edificio con la esperanza de excavar una zona de presunto interés arqueológico.

Lo mismo que decimos de las Comisiones de Monumentos podemos decir de las Academias. Cuerpos venerables, pero constantemente desoídos

y virtualmente inoperantes. Doctas instituciones que vacilan entre mantener un crédito salvando las apariencias y correr el riesgo de ser cada vez más postergadas.

Yo quisiera decir algo también de los arquitectos encargados de velar por los monumentos y por los conjuntos histórico-artísticos. No me refiero a los arquitectos que están del lado del enemigo, a esos ya damos por supuesto que lo que les interesa es demoler para poder construir y las más de las veces para construir a favor de la corriente. Me refiero ahora a los otros, a los que están del lado de aquí de las líneas, a los llamados arquitectos conservadores. En un país en donde la tarea es tan ingente, tan fabulosa, se puede decir que se cuentan con los dedos. Algunos provienen de los viejos cuadros y entre ellos hay figuras estimabilísimas y con una larga ejecutoria que les honra. De otros no podemos decir lo mismo, pues nunca han demostrado ni una verdadera maestría ni una verdadera devoción. Otros han llegado un poco al azar y han ocupado estos puestos lo mismo que podían haber ocupado otros escalafones profesionales. El equipo es en suma tan escaso como poco cualificado. Hoy en día se han incorporado a estos menesteres algunos jóvenes, entre los que existen personas valiosísimas, competentes y animosas. Pero lo que más nos preocupa es que, como tantas veces en la vida española, no se produzca la selección a la inversa, que los mejores no se desanimen ante un clima hostil, ante las marrullerías de la sociedad con la que tiene que luchar, ante el escepticismo de sus mayores, que les deben servir de ejemplo y respaldo, y queden luego los acomodaticios que a todo se pliegan y en todas las aguas navegan.

Pero ¿cómo vamos a impulsar a los jóvenes para que se entreguen a un cometido que tan pocas posibilidades les ofrece y en el que tantos sinsabores les esperan? Lo primero que no podemos ofrecer a estos jóvenes es una adecuada formación. Las Escuelas de Arquitectura de España son en todo el mundo las que dedican menos atención a las enseñanzas humanísticas, históricas y artísticas. Parece inverosímil en un país de nuestra riqueza monumental, de nuestro pasado y de nuestra personalidad, pero es así y de una manera flagrante.

En toda la carrera de arquitecto no hay sino dos desmedradas asignaturas: una de Historia del Arte en general, que no llega ni a ser una visión cinematográfica, y otra de Historia de la Arquitectura. En el plan de 1957 se incluyó un intento de diversificación creándose unas especialidades: urbanismo, cálculo y estructuras y arquitectura histórica y restauración de monumentos. Pero luego el propio Estado consideró que esto era superfluo y ha suprimido las especialidades. El preparar a los futuros conservadores y restauradores es algo que a nuestro Estado no le preocupa, es por lo visto baladí y superfetatorio. Por todos los lados recaemos en lo mismo: el desinterés total, la falta de conciencia de nuestro ser histórico.

Si ya en la Escuela el joven aspirante a arquitecto se da cuenta del poco valor que se da a estas cosas, ¿qué podemos pedir a esas promociones que luego se extienden por todos los pueblos y las ciudades de España para ejercer su profesión? ¿Qué ejemplo y qué enseñanza les damos? ¿Qué valor van a dar luego a unos monumentos, a una historia, a un pasado que no conocen ni de oídas?

Creo que no vale la pena insistir. Ya hemos pasado revista a los dos ejércitos contendientes. ¿Cómo nos va a extrañar la victoria del uno y la derrota estrepitosa del otro?

Pero sin embargo es tarea de todos intentar en la medida de nuestras fuerzas, si no de golpe al menos poco a poco, equilibrar las fuerzas en pugna. Hacer que disminuya y se debilite un ejército y que crezca y se fortalezca el otro. Yo quisiera infundir a los valerosos miembros que, como guerrilla inconexa, luchan desde todos los puntos de España por salvar nuestro patrimonio artístico ánimos y esperanzas, mas al final de mi artículo yo sospecho que he podido hacer todo lo contrario. Acaso sumirles en un profundo pesimismo. No lo sé. Pero soy de los que creen que lo primero para atajar un mal es analizarlo, hacer el diagnóstico, aunque sea cruel, para luego poner el remedio. Ese remedio que nos debe conducir a establecer un decálogo de lo que deben ser los principios inconmovibles para salvar el patrimonio de nuestras ciudades, uno de los más preciosos que tenemos.

Yo, aunque sea provisionalmente, establecería el cuerpo de esta ley fundamental en la siguiente forma:

1.° Se deben congelar todos los cascos viejos de nuestras ciudades. Entiendo por cascos viejos los perímetros urbanos tal y como llegaron a ser el año 1900. Las zonas de interés histórico-artístico que se definan en el futuro deben coincidir con estos límites. En estos centros, que cada vez serán superficialmente menos importantes con respecto al área total de la ciudad, deberá tenderse a una progresiva descongestión con vistas a disminuir la densidad. La ciudad vieja en lugar de macizarse deberá hacerse cada vez más porosa, aprovechando cada ocasión para enriquecerla con un jardín, una plaza, un patio.

2.° Se deberá prohibir en estos cascos viejos el incremento de volúmenes edificados. Ningún edificio situado dentro de ellos deberá sobrepasar la altura máxima de cinco plantas.

3.° En estos núcleos deberá existir un control estilístico estricto. Ningún proyecto deberá autorizarse sin ese previo control, proscribiendo en absoluto la agresiva arquitectura actual, sus vuelos y estentóreas estructuras, sus módulos y proporciones contradictorias, las texturas y tratamientos superficiales que contradigan el acento local.

4.° Deberá existir en estas zonas un control estricto de los derribos, no autorizándose éstos más que en casos extremos y procurando, si es posible, el salvamento de fachadas y patios.

5.° Deberá eliminarse toda discriminación cronológica, considerando que, desde la más remota antigüedad hasta el siglo XIX inclusive, los edificios no deben recibir trato diferente, en atención a su antigüedad.

6.° Deberá existir un escrupuloso respeto a todos los elementos viales, pavimentos, estatuas, fuentes, faroles de iluminación, etc. Consideramos elemento fundamental de la fisonomía viaria el arbolado, y éste deberá ser objeto de una atención muy especial. Algunos árboles y conjuntos arbóreos son tan importantes como los propios monumentos y deberían catalogarse como tales.

7.º El desarrollo de la ciudad moderna deberá conducirse hacia la periferia con vías, parques, bulevares, jardines, etc., que procuren la esencial diferenciación de ambientes.

8.º En los casos de ciudad-paisaje este desarrollo periférico deberá hacerse con más cautela todavía, preservando puntos de vista esenciales y dejando perspectivas suficientes para fachadas intactas de la totalidad o de aspectos parciales de la ciudad.

9.º Se procurará que las instituciones públicas y representativas, estatales y paraestatales, ocupen viejos y nobles edificios restaurados y dignificados.

10.º Se establecerán franquicias fiscales a todos los propietarios que habiten o mantengan y restauren palacios, casas nobles, jardines, etc.

Si esta carta o decálogo llegara un día a ser suscrita por todos los alcaldes de España, ese sería un día de júbilo para los que creemos en el futuro de España; pero, ¡ay!, lo vemos tan lejano que nos parece un sueño, una utopía inalcanzable.